

REVISTA DE TEATROS.

PERIÓDICO

DE LITERATURA Y ARTES.

ADVERTENCIA.

Hoy se reparte gratis, á los señores suscritores de este periodico la comedia en dos actos *El tio Pedro ó la mala educacion*. Dicha comedia es igual á la que con el título de *Eltio Pablo* se ha representado en el teatro de la Cruz.

BIOGRAFIA.

GÓNGORA.

«El requiebro de las musas, como le llama D. Diego de Saavedra, el corifeo de las desgracias, el grande artifice de la lengua castellana, y quien mejor supo jugar con ella y descubrir los donaires de sus equívocos con incomparable agudeza; el celeberrimo D. Luis de Góngora, en fin, nació en Córdoba en 11 de julio de 1561, de D. Francisco de Argote, letrado distinguido, corregidor que fué de Madrid y de otras varias ciudades, y de Doña Leonor de Góngora su esposa. Tomó el apellido de su madre, como solía hacerse en Andalucía, especialmente en aquellos tiempos, y como lo hizo el insigne D. Diego de Velazquez, de eterna memoria en los fastos de la Pintura. Cumplidos apenas los quince años, pasó á estudiar á Salamanca el derecho, en cuyo estudio no hizo segun parece tantos progresos como en las letras humanas, y en particular en la poesia, á la cual le arrastraba naturalmente su genio. Dicese que D. Luis y otro primo suyo llamado D. Pedro de Angelo tuvieron una pendencia, por cosas

2.^a SERIE, TOMO 2.^o, ENTREGA 11.^a

de jóvenes, con D. Rodrigo de Vargas y D. Pedro de Hoces, de la cual salió herido de gravedad Angulo, y Góngora levemente.

Sus poesías amorosas, sus romances y sus letrillas satíricas, fueron fruto de sus primeros años, pues desde que pensó en abrazar el estado eclesiástico, abandonó este género. Gozaba, ya á los 29 años en el de 1590, una racion en la catedral de Córdoba, si bien parece que no se ordenó de sacerdote hasta 15 ó 16 años despues de aquella fecha. Pasó en 1593 á Salamanca, á dar en nombre del cabildo de Córdoba la obediencia al Obispo D. Gerónimo de Aguayo y Manrique, y fué acometido de una grave enfermedad, de la cual salió felizmente por los cuidados y asistencia que le prodigó en su palacio mismo aquel prelado. Trasládose despues á la Corte, y pasó treinta años en ella tanto en Valladolid como en esta Villa, y á pesar de sus méritos, sus relaciones, y su clase distinguida fue su suerte tan escasa, que solo llegó á obtener por la proteccion del Duque de Lerma y el favor de D. Rodrigo Calderon, Marqués de Siete Iglesias, una capellania de honor del Rey D. Felipe III. El Conde Duque de Olivares mostró tambien estimacion á Góngora, negociándole la merced de dos hábitos de Santiago para dos sobrinos suyos.

Cayó gravemente enfermo en la jornada que hizo el Rey á Aragon en 1626 y la Reina doña Isabel de Borbon, á quien debía mucho aprecio, le envió médicos y otras personas que le curasen y asistiesen. Recobrada la salud se restituyó á Córdoba en el mismo año; pero el mal le habia atacado á la cabeza y privado de la memoria. Retirado por esta razon de la sociedad y del trato, el que tan jocoso y ameno lo habia tenido toda su vida, se fué desmejorando de dia en dia en términos, que exhaló su espiritu en la tarde del lunes 23 de

mayo de 1627 á los 65 años, 10 meses y trece dias. Fué sepultado en la capilla de san Bartolomé de la Iglesia catedral, patronato de la casa de Góngora, donde no existe noticia ni memoria alguna del sitio en que descansan los restos de este célebre ingenio.

Sus primeras obras muestran un talento, una lozanía de imaginación, y un número poético, superiores á todo elogio y encarecimiento. Llevado despues de la sublimidad de su ingenio, concibió el designio de dar al lenguaje poético mayor elevación y mas novedad, creó un nuevo estilo, que llamó *culto*, y que consistiendo en metáforas atrevidas, antítesis forzadas, transposiciones violentas, y pensamientos alambicados, no podía menos de hallar grande oposición en la mayor parte de sus contemporáneos. Censuraron esta extravagancia, entre otros muchos, Bartolomé Leonardo de Argensola, don Francisco de Quevedo, y Lope de Vega; mas Góngora no contestaba sino con sátiras amargas, y burlas generalmente groseras. Los aficionados podrán ver un brevísimo rasguño de estas últimas en el soneto que empieza: *Pisó las calles de Madrid el fiero*. Ensangrentóse mas particularmente con Lope de Vega que con ningún otro, mofándose de todas sus obras en varios sonetos inéditos, como otras composiciones suyas de la misma especie, uno de los cuales empieza casi lo mismo que el que hizo tambien Cervantes con igual objeto, pues dice: *Por tu vida, Lopillo, que me borres* &c. Y Lope, sin embargo le elogia en su *Laurel de Apolo en estos términos*:

Pero dejando el contra puesto polo
la clara fama con el mismo Apolo,
amaneció en España, y el fecundo
Betis dulce miró, Tíbre segundo,
en la patria de Séneca famosa,
por tantas escelencias gloriosa.
Allí con alta voz despierta el río,
que con gallardo brio
á Góngora previene,
que estaba en los cristales de Hipocrene,
escribiendo á las cándidas auroras,
Estas, que me dictó, rimas sonoras.

Dejando á un lado el *Polifemo* y las *Soledades*, que escribió en el estilo *culto*, y que verdaderamente son ininteligibles, en el resto de sus composiciones poéticas, se puede decir que es inimitable. Ninguno de los grandes poetas que florecieron en su siglo le aventajó, ni acaso le igualó, en la copia de los pensamientos delicados, en la riqueza de las imágenes, en la variedad de

las formas, en la verdad y nervio del colorido, en la frescura y lozanía del estilo, y en una palabra, en la originalidad en todo cuanto salía de su pluma. En todo resalta ademas la invención por su sencillez y por su disposición que es siempre conveniente y arreglada, como puede verse en sus canciones. Son notabilísimos y pueden proponerse por modelos muchos de sus sonetos, y especialmente, por la delicadeza del pensamiento, el que empieza.

La dulce boca que á gustar convida; por la magia de los colores, la grandeza y pompa de la expresión, y el encanto de los sonidos, el de *Raya, dorado sol, orna y colora*; y por la ternura y sencillez del afecto, el de *Rey de los otros, río caudaloso* &c. ¿Y qué diré de los romances, sino que en este género nacional nadie ha aventajado á Góngora? ¿Qué gala, qué riqueza, que ingenio no brilla en todos ellos! No hay belleza poética, no hay sentimiento amoroso delicado y sublime que no haya derramado en ellos con profusión. ¿Pueden pintarse con mas verdad ni mejor colorido las costumbres moriscas y caballerescas, que las pintó en los líricos nuestro poeta? Pues la ligereza y soltura de los romances cortos y jocosos, y el buen tacto y oportunidad con que supo mezclar á veces con el tono de las burlas y las gracias jocosas, el de las cosas graves y serias, hará desesperar y abandonar la lira á cuantos intenten, no digo ya competir con él, sino seguir de una manera honrosa y digna sus huellas. Que diga como él, hablando de una supuesta querida suya.

El aliento de su boca,
todo lo que no es pedir,
mal haya yo, sino escede
al mas suave jazmin.

Que diga á D. Rodrigo Calderon, si en efecto fué á él, á quien quiso zaherir en la letrilla que empieza, *Arroyo, en que há de parar*; que le diga, repito, de otra manera que ni aun se le parezca,

Hijo de una pobre fuente,
nieta de una dura Peña,
á dos pasos los desdén
tu mal nacida corriente:

Seria preciso llenar muchas páginas, para indicar solamente las gracias y bellezas en que abundan las obras de este Cisne Cordobés, como le llamaron sus contemporáneos, y ademas nada podría yo añadir á lo mucho que con mas tino y acierto que yo pudiera hacerlo, de él se ha dicho.

Escribió Góngora dos comedias, que son, *El Doctor Carlino*, y *las Firmezas de Isabel*, y no acabó otra, que titulaba *La comedia Venatoria*. Todas llevan, máxime en la versificación la marca de su ingenio, pero como composiciones dramáticas, carecen de interés; no era este su género.

Góngora, en el sentir de las personas que conocen mas á fondo nuestra poesía, es el primero de nuestros poetas.

G. E.

REVISTA DE LOS TEATROS.

Primera salida de la Pepita Valero. — Gaspar el Ganadero.

Despues de muchas contrariedades y vicisitudes se puso al fin en escena en la noche del 18 *doña Mencía* para verificar su primera salida la señora Valero. Digamos ante todo que no hubo lo del parto de los montes como quiso dar á entender cierto folletínista de la *Gaceta* dias antes, prometiendo no asistir á la primera representacion de *doña Mencía* por temor de que se hundiera su asiento: ni cumplió su promesa, ni se cumplió su pronóstico. Sin estar exenta de defectos, sobre todo de dicción, la Pepita Valero es una excelente actriz: su fisonomía es sumamente flexible, y en ella se tratan alternativamente los sentimientos y pasiones que la agitan: está mas en figura que ninguna de nuestras primeras actrices: es admirable en el juego escénico hasta el punto de no poderla sorprender en un descuido el ojo mas atento y penetrante. Despues de ser muy aplaudida la Pepita Valero en los actos primero y segundo, desplegó en el tercero dotes artísticos que asombraron á los espectadores, en el delirio estuvo sublime, inimitable. Concluido el drama fue llamada á las tablas y colmada de aplausos, que se reprodujeron al ejecutarse la piececita, cuyo título es *la vuelta de Estanislao*. El Sr. Latorre hizo maravillas en el papel de D. Gonzalo: los señores Lopez y Caltañazor contribuyeron poderosamente al buen éxito del drama. Injusticia fuera mostrarse severo respecto de la Flores que al encargarse del papel de *doña Inés*, ya sabía que era superior á sus fuerzas, y solo lo aceptó en obsequio de una compañera. Permitásenos creer sin embargo que la señora Flores ha salido mas airosa de esta empresa que hubiera salido la Juanita Perez, quien se negó cautamente á acometerlas, pues hartó conoce tan apreciable artista que es una actriz de lujo, y que *No mas muchachos*, el *Pilluelo de Paris*, el *Diablo Coiuelo* y otros papeles

semejantes, forman esclusivamente los laureles de su corona.

Parece que el distinguido literato se ha propuesto reunir un largo catálogo de traducciones en que sean protagonistas hombres de todos los oficios. *Marcelino el Tapi-cero*, *Bruno el Tejedor*, *Gaspar el Ganadero*... si nos diera el naipe para estas cosas habíamos de escribir una comedia de esas que el público acoge generalmente con señalada predilección, poniéndola por título *Ventura el Traductor*: cuidariamos de que se asemejase, en cuanto á la pintura de los principales caracteres, á las diversas obras que parece forman el moderno drama de costumbres; pero aunque tuviera con ellas alguna analogía habia de diferir totalmente en el pensamiento y combinacion de la fábula, cuya novedad y elevacion la hicieran, en sentir de la empresa, merecedora de no ser envuelta en el número de las infinitas piezas de surtido que diariamente sacan á luz los teatros, sino de ser reputada por obra de mérito literario no comun.

Procurariamos, ya que la *pasión del amor*, alma de la poesía dramática, ha sido tratada mil y una veces en los innumerables aspectos y matices que presenta, que recordará la empresa haberse presentado pocas veces en aquel punto de heroísmo á que puede elevarse un corazón puro para sacrificar hasta su propio amor al objeto amado; porque en la nuestra se desenvolveria este gran sentimiento con novedad y maestría.

Colocaríamos la escena, si así lo juzgáramos conveniente, en Paris, Constantinopla, Tunez ó Pekin, y aun si fuere necesario la dividiríamos en dos épocas, una en que estuviesen comprendidos los dos primeros actos, y otra á que perteneciesen los dos últimos, dejando en medio una laguna donde flotara á su albedrío el gran periodo de una revolución, lo cual, lejos de perjudicar al curso de la acción, seria necesario para su desarrollo; razon por la que confiaríamos, aunque nos llevásemos chasco, en que el público toleraría y aun aplaudiría la violacion de la unidad de tiempo, cuando esta violacion no seria sistemática ni arbitraria, sino hecha de modo que lejos de chocar al sano juicio, produjera situaciones naturales y bellas. No porque el argumento fuese ligado á una época de revolución habria en nuestra comedia cosa alguna que perteneciese á la historia de aquellos disturbios, ni que se rozara en lo mas mínimo con los acontecimientos políticos de entonces; seria comedia de pura invencion y de interés esclusivamente privado.

Tales serian las bases de nuestra obra, aunque á pesar de ser desempeñada á toda

ley por los actores, desagradase al público de Madrid, y la aguardara peor suerte en las provincias, como sucede con *Gaspar el Ganadero*.

A. FERRER DEL RIO.

LA VESTAL,

Opera seria en tres actos del maestro Mercadante.

El jueves se inauguró el teatro lírico del Circo con el nuevo *Spartito* producido por la brillante imaginación del autor de la *Caritea* y de *Il posto abbandonato*. No estableceremos comparaciones teórico-artísticas entre la ópera que acabamos de oír, y la que con el mismo título escribió el célebre *Pacini*: esto nos llevaría muy lejos, y además los que conozcan ambas, habrán juzgado ya de su mérito respectivo.

Muy grande le tiene la de que hoy nos ocupamos, considerada bajo el aspecto armónico: sencillas de ejecución la mayor parte de las piezas que la componen, pero graves, apasionadas ó melancólicas, exigen mas limpieza de voces, mas expresión, mas cuidado que algunas partituras, en que los cantantes pueden brillar mejor y tal vez con menos trabajo. La *Vestal* carece de adornos de *floriture*, y esto mismo la haría fracasar ante un público menos inteligente que el de Madrid; pero este solo necesitó escuchar la hermosísima escena y coro, y el duo de tenor y bajo del acto primero, para convencerse de que aquella no era una música amanejada, sino una música de primer orden, y rigurosamente hablando de *moda*, (ya que esta deidad tirana ha dominado hasta la música) hermana legítima de la que tanto entusiasmo ha logrado inspirar en la *Scala* y en el *Carlo Felice*. Rica de acompañamientos, especialmente en sus magníficos coros del género sagrado, pone en claro la mas imperceptible desentonación, el menor descuido de las partes principales, que casi siempre se encuentran abandonadas á merced de sus propias fuerzas, y requiere por lo mismo cuatro intérpretes capaces de vencer ciertos obstáculos, sin el auxilio del violín primero y principal.

¿Ha logrado la *Vestal* reunir estos cuatro intérpretes? Difícil es juzgar á un actor lírico, no habiéndole oído mas que una sola noche, ó lo que es igual, en una sola ópera. Sin perjuicio pues de rectificar nuestras ideas, si lo mereciesen, cuando tomemos con

mas datos ó pruebas el pulso á la compañía, vamos á decir con lisura nuestra pobre opinión con respecto á lo que hemos sacado en limpio de la ejecución del jueves.

La señora *Bobay* es un suave *soprano*, y tan suave, que sin las combinaciones armónicas, por medio de las cuales se hace oír un suspiro entre cuarenta instrumentos, tendría que esforzar demasiado la voz en los *mezzo forti* de la orquesta, para ser oída: esto perjudicaría notablemente á la dulzura de sus cantos. Es preciso, no obstante, tener en cuenta que el teatro del Circo no está construido para óperas, y que toda voz que tienda al tono *piano*, se ahogará insensiblemente por mas esfuerzos que haga el cantante que la posea, só pena de verse precisado á chillar, porque el que canta, nunca esfuerza lo que quiere, sino lo que le permite la intensidad de su voz. El público se mostró galante con esta *donna*, aplaudiéndola en el duo que ejecutó con la señora *Bernardi* en el primer acto, y en el de *triple* y *tenor* del segundo; en ambos estuvo bastante feliz, si bien nos pareció que cantaba con cierto temor, que se habrá desvanecido si sabe interpretar los aplausos que hasta ahora ha alcanzado.

La señora *Bernardi* entona perfectamente todos los puntos que hiere, lo que no es poco hacer, atendida la calidad de su voz: dijo muy bien su parte en el duo ya citado, pero en la última grande escena (no hemos visto el *Spartito*) nos pareció notar una equivocación, cuando las dos sacerdotisas se despiden para siempre en un sentidísimo *duettino*: si la construcción del teatro no nos engañó, figurósenos que la señora *Bernardi* se detuvo en medio de una frase comenzada, á dos voces, y aun creímos que el violín principal llenó el vacío que aquella había dejado en un compás entero: quizás nos equivoquemos nosotros.

No es gran cosa el señor *Olivieri*, si hemos de juzgarle en la *Vestal*: su voz participa mas del bajo que del *contralto*, lo cual indica que no es un *tenor* perfecto, y esto se echa de ver desde luego en los puntos altos. Sin embargo de todo esto, y á pesar de los obstáculos que ofrecía á sus facultades la ópera representada el jueves, por los largos periodos *Sostenuti e vibrati* en que abunda el Sr. *Olivieri*, nos dejó satisfechos en los duos de *tenor* y *bajo*, y de *soprano* y *tenor* y obtuvo merecidos aplausos.

La empresa del Circo ha andado acertadísima en poner en escena una ópera como la *Vestal*, teniendo á su disposición un *bajo* como el señor *Anconi*: la firmeza y *tessitura* de su voz, la igualdad de afinación que

posee en alto grado, el aplomo y facilidad con que espresa los andantes, y el estudio particular que sin duda ha hecho de las difíciles y nunca bien establecidas reglas para tomar alientos, estudio que nos reveló en la *Vestal* la prolongación de algunas notas maestramente sostenidas, hacen del Sr. Anconi una preciosa adquisición para la empresa. Con la *cabaleta* del aria del tercer acto arrebató al público que pidió, en medio de estrepitosos aplausos, la repetición, habiendo alcanzado el mismo honor la *Arietta* coreada del segundo acto, de que no poca gloria cupo al Sr. Gianni.

Notamos con gusto que la ópera se había ensayado con esmero, y por ello felicitamos sinceramente al Sr. Carnicer, por mas que no dudásemos de que hallándose este buen maestro al frente de la dirección, quedaríamos complacidos acerca de tan interesante punto. Seríamos injustos, si no dijéramos que los coros estuvieron perfectamente desempeñados: las decoraciones fueron regulares, y la última nos pareció la mejor.

Se nos ha referido un suceso que después hemos visto confirmado en algunos periódicos, y que nos ha llenado de indignación. Parece que uno de los señores alcaldes constitucionales exigió del Sr. Romea la entrega de una campana chinesca (llamada vulgarmente *Tam-tam*) perteneciente al teatro del *Príncipe*, con el objeto de dársela al empresario del *Circo*: el Sr. Romea no quiso acceder á tan injusta como extravagante petición, pero se vió amenazado con la cárcel por el señor Alcalde, si no entregaba la campana. Acto continuo la mandó llevar *por sí y ante sí*, á pesar de la protesta del señor Romea.

¿Quien es capaz de calificar este hecho, como se merece? Cierta periódico ha dicho que es una *alca'dada*; nosotros aseguramos que es una de las grandes barbaridades de la época.

J. M. DE ANDUEZA.

POESÍAS.

LAMENTACION PROFETICA

DE EZEQUIEL SOBRE TIRO.

A la entrada del mar tempestuoso
cercada de grandeza y poderío
noble ciudad te ves.

Oye la voz del Todopoderoso,
escúchala, y atiende al llanto mio
que por tu ruina es.

Tienes la incomparable hermosura
de rica nave que sentada brilla
en basa de Zafir.

Nave de tan magnífica estructura
que te formaron la soberbia quilla
de Abetos de Sanir.

Y el alto y formidable mastelero
donde atado de Egipto el albo lino
ondulando se vé,
En la cima del Libano severo
de las nubes aligeras vecino
gigante cedro fué.

Y tus fornidos remos fabricaron
con varias esculturas y perfiles
de encinas de Basán.
Y tus bancos y cámaras labraron
de duros y blanquísimos marfiles
del cálido Iudostán.

Todas las gentes hácia ti vinieron
á ofrecerte en tropel sus mercancías
corriendo sin cesar.
Los pueblos todos tus amigos fueron,
y tú á todos los pueblos sonreías
como reina del mar.

Y los hijos de Arad tus altos muros
en belicosas huestes coronaban
por todo el rededor.
De Persia y Libia los soldados duros
para adornarte, sobre ti ostentaban.
su escudo brillador.

La africana Cartago vencedora
del piélago espumoso los raudales
atravesando vi.
Yendo veloz, como á imperial señora,
sus flotas de riquísimos metales
á presentar á ti:

Púrpura, perlas, sedas y bordados,
y mirra destilada, y lanas finas
y bálsamos y miel,
Y los trigos y aceites mas preciados,
y las mas relucientes cornelinas,
y de Frygia el corcel;

Y el cordero de Arabia y los perfumes,
y cuanto el mundo por sus zonas cria,
te he visto atesorar!
Mas ¡ay triste de ti! ¿Cómo presumes
que de tu gloria el esplendente día
ocaso no ha de hallar?

Por muchas aguas triunfadora has ido.
vana con tus pilotos y remeros
que la mar despreció.
¡Ay! Al Eterno el austro ha obedecido,
y tus muros, tus torres, tus guerreros
de un golpe destruyó!!

Porque, dijo el señor: Como un torrente

arrojaré á Nabuco sobre Tyro
del frío septentrion.
Y aterrada y atónita la gente
con llanto esclamará ¡que es lo que miro!
¿Do fué la gran nación?

En un liso peñasco convertida
los pescadores sus mojadas redes
sobre ti tenderán.

Y si tienen noticia de tu vida,
la huella buscarán de tus paredes,
y no la encontrarán.

MIGUEL TENORIO.

EPIGRAMA.

I.

No la digas á tu madre,
niña, que te quiero yo.
—¡Vaya el hombre! ¿y por qué no?
—Porque acaso no le cuadre.
—¿Alguna falta secreta?...
—Sí, una falta... de dinero.
—¿Y esperanzas?—Cero á cero.
—Pero amigos... soy... ¡poeta!

II.

—¿Cuántos locos han entrado
en este santo hospital?
—Señor, por cuenta cabal
tres en todo el mes finado.
—¿Con que se ha pasado un mes
sin entrar mas que tres locos?
En verdad que son bien pocos...
—Escritores son los tres.

III.

—Soy marino.—Si, ya veo
que de ancla lleva el boton.
—Debi á mi disposicion
mi adelanto.—¡Ya lo creo!
Pero dígame; el trinquete,
la mayor y la cangreja...
—Esa es táctica muy vieja,
la sabe cualquier gramete.

IV.

—¡Cuidado! ¡legalidad!
¿quién mas exacto que yo?
—O este hombre enloqueció
ó es suma procacidad...
¿Es V. señor don Probo
aquel lobo tan hambriento...
—¿Y V. jamás oyó el cuento
de meterse fraile el lobo?

V.

De leyes, de arquitectura,
de todo entiendo á fé mia,

y he de abrir cátedra un día
de amena literatura.
Cierto quidam muy tunante
que tal travilla oyó,
al de al lado preguntó:
—¿Y quién es ese?—En pedant.

VI.

Yo, solo á la aristocracia,
nada con pelafustanes...
El conde de los Batanes...
me sirve con eficacia.
El marqués de Quince Fuentes...
yo dispongo de su coche.
Y si es tertulias... anoche
jugué con nueve intendentes.

VII.

¡Literato don José!
¿De cuándo acá estudió el hombre?
Por qué le dán tal renombre
vive Dios que no lo sé.
—Hizo trizas una obra,
que aunque no la comprendia...
—¿Juzgó lo que no entendia?
Pues entonces... basta y sobra.

VIII.

¿Que te nombren diputado
solicitas, Simeon?
—Y no habrá en la oposicion
adadid mas esforzado.
—¿De la oposicion dijiste?
¡Reviente yo si lo creo!
¿Y si una cruz ó un empleo?...
—¿A tal dar... ¿quién se resiste?

IX.

El hijo de doña Engracia...
¿no veis cuál habla el zoquete
de asuntos de gabinete,
de guerra y de diplomacia?
Si emprende la taravilla...
¡Dios ponga tiento en su labio!
¿Os persuadís que es un sabio?
Ayer soltó la cartilla.

X.

Anteayer era exaltado,
ayer fino absolutista,
esta mañana carlista,
y esta tarde moderado.
Mi barriga harta de pan
y mi bolsa de oro vea,
é impórtame una grajea
ser cristiano ó musulmán.

XI.

¡Donoso estás á fé mia
con tu placa y tu cintajo;
ayer de escalera abajo
y hoy merced ó señoría!

¿Dime Fabio, en qué registro
suelen tocarse esas notas?
*Es que te limpio las botas
al lacayo del Ministro.*

XII.

Desde tu altura, procaz,
intentas hacerme el coco:
Cepos quedos, poco á poco,
y hayamos la fiesta en paz.
Mira que de gato á gato
es muy peligroso un duelo.
*¿Qué apuestas que corro el velo
y descubro tu retrato?*

XIII.

¡Qué tieso vá don Sotero...
no me he equivocado, no:
á este tuno le vi yo
de aplanador y acerero.
—Ahora juega gran papel.
—¿Cómo tal! — ¡Cosa inaudita!
—Tiene la muger bonita,
y... *sué á pretender por él.*

XIV.

¡Tanta cruz y tanto grado
como cayeron del techo,
y limpio y mondo tu pecho
como bolsa de esclaustrado!
¿Tan escasa es tu fortuna?
¿Tan menguado tu favor?
—¡Qué! Si tengo otra mejor.
—¿Cuál es? — *No tener ninguna.*

XV.

¿Me la echas de personaje
de ilustrísima ralea?
¡Para el tonto que se crea
de tu charla y tu pelaje!
Inútil es tu desvelo
en darte tono conmigo;
¿has olvidado, mi amigo,
que te conocí ciruelo?

XVI.

« Que me nombren Intendente
ó que me den por lo menos,
un Gobierno de los buenos
ú otra cosa equivalente.
De no, mi peñola lista
y oposicion sempiterna. »
*Así dijo don Linterna
al meterse á periodista.*

XVII.

Viudas, monjas y esclaustrados,
y cesantes y escudentes
muertos de hambre, pretendientes,
é intrigas y diputados.
Tribunos que el diablo lleve,

programas y discusiones,
y agiotistas y bribones:
He aquí el siglo diez y nueve.

XVIII.

Zoilos, ¿me queréis morder
porque os digo bagatelas?
escuchad mis cantinelas
como quien oye llover.
¿O son verdades, ó no?
—Verdades son, pero... calla.
—Hipócritas y canalla,
¿hago mas que pintar yo?

JUAN ANTONIO SORIANO.

NINA ORFANA.

CONTINUACION.

Nina se sonrió tambien, y le dijo:
—He visto á Conrado; está allá abajo,
detras de las ruinas del puente: los bávaros
no se han atrevido á pasar por la hondonada.
—Tanto mejor, respondió el Tirolés.
—Sí; tanto mejor para tu hermano, y
tanto peor para los demas.
—¿Qué quieres decir?
—Que tu vida está en mi mano; que pue-
do perderte ó salvarte. Responde, pues, con
verdad á lo que voy á preguntarte.
—Habla.
—¿Me prometes que no incomodarás á
Conrado porque me ame?
Fritz callaba.
—¡Oh! Dime que sí ó que no, porque los
momentos son preciosos.
Y Fritz volviendo la espalda á la jo-
ven comenzó á silvar una cancion.
—¡Ola! ¡Me desprecias! ¡Ah! Sin duda
no te acuerdas de que soy muger é italiana...
Por última vez, Fritz; si algun día tu her-
mano se quiere casar conmigo, ¿te opondrás
á nuestra dicha?

Temblaban las manos de Nina cuan-
do pronunciaba estas palabras: oscurecíase
el brillo de sus ojos, y no era difícil cono-
cer que algun negro proyecto dictaba sus ra-
zones y embargaba su alma.

—Fritz, continuó con voz conmovida, de-
ja obrar á ese joven, déjale amarme y verás
cuanto te amamos los dos. ¡Ah! Ayer decia
Conrado: « ¡Si mi hermano quisiera!... » Y
es preciso que quieras, ¿no es verdad? Es
preciso que le dejes casarse conmigo...

—Jamás; respondió Fritz impetuosa-
mente.

—Jamás!... ¿Y por qué?

—Porque una loca no puede ser esposa de un hombre honrado.

—Pero una loca puede vengarse.

Y agarrando Nina la carabina de Fritz, la arrojó al precipicio: en seguida huyó, y poco despues oyó el Tirolés un grito, cuyo eco repitieron las vecinas montañas. Aquel grito era sin duda una señal convenida de antemano, porque cuando Fritz, repleto de su sobresalto, se disponia á volar en seguimiento de la italiana, fue detenido por un ruido de armas y de pasos de hombres, que á corta distancia se escuchaba. Ya no quedaba la menor duda: Nina por vengarse habia vendido á los enemigos el secreto paso de las montañas, sirviendo de guia á los bávaros por aquellos desfiladeros impracticables: posesionados de tan importantes puntos no quedaba ya esperanza á los tirolese, y Fritz, apostado en el paso principal, se encontraba sin su carabina, y no podia por lo mismo dar la señal de alarma á sus compatriotas, ni defender la senda que conducia al interior del pais.

Pocos instantes le bastaron para comprender toda la estension de su desgracia, y para prepararse á una muerte gloriosa, armóse con una gruesa rama de tea, y lanzando el terrible grito de guerra que los montañeses arrojan al empeñar un combate, ó en los trances mas apurados de la vida, abalanzóse al monte. Desde alli, oculto detras de un peñasco, y sirviéndose de la rama, como de una palanca, hizo rodar enormes pedazos de rocas sobre los bávaros, que ya se dejaban ver á la entrada del camino. No ignoraban estos que el Tirolés estaba sin armas é imposibilitado de pedir auxilio á sus compatriotas, y por lo mismo se abstenerian de hacer fuego, siendo su único intento rodear el monte para cojerle prisionero ó deshacerse de él á bayonetazos. Pero Fritz habia adivinado el plan de sus enemigos, y aprovechándose de su elevada posicion, despedia sobre ellos sin descanso un diluvio de piedras, para embarazar su marcha.

Sin embargo, tan desesperada lucha no podia ser de larga duracion: los bávaros le perseguian de cerca, y ya nada parecia oponerse á sus designios.

De repente al extremo opuesto de la hondonada, resonaron los gritos de los compañeros de Fritz, que atraidos por su voz, y por el ruido del sordo combate, acudian á su socorro. Aquellos gritos bien conocidos, reanimaron el valor casi apagado del montañés, quien recobrando la esperanza y las fuerzas volvió á empuñar su arma formidable, y se presentó impávido en la peligrosa entrada del desfiladero. El paso era tan es-

trecho que solo un hombre de frente podia atravesarlo, y el tirolés, firme alli, juraba no retroceder una pulgada.

MADRID 26 DE JUNIO.

En Granada se ha cometido uno de esos desmanes, propios mas bien de una sociedad de beduinos que de la cultura de una de las ciudades mas ilustradas de España. Hé aqui lo que nos comunican los Redactores de la *Tarántula*, periódico de literatura y artes, que acaba de morir á mano airada, merced á las miserables rencillas de todo género que hoy nos dividen.

— A causa del artículo «*Qué lástima de dinero*» que corre al número 12 de nuestro periódico, unos cuantos *orterás* de mercaderes, poniéndose de acuerdo con un cantante y empresario de este teatro, resentido de que no le hubiésemos elogiado como su orgullo cree merecer, alarmaron á los artesanos y otras gentes de este vecindario, haciéndoles creer que se les habia insultado, y despues de mil escándalos y amenazas, dispusieron una asonada en el teatro. En efecto, el viernes 17 estando uno de los redactores en un palco, levantaron el grito los tenderos que habian tenido entrada franca diciendo: «*muera la Tarántula; echar del palco la Tarántula, etc.*», acompañando estas voces con insultos que las autoridades presenciaron impasibles. Al siguiente dia salió la hoja que acompañamos (1) y la *Tarántula* ha cesado, *porque en Granada no está garantida la libertad de la prensa.*»

Hemos leído el artículo que ocasionó el desórden de que se lamentan nuestros apreciables colegas granadinos: es un artículo de costumbres, sin mas alusiones que las generales, indispensables siempre en esta clase de escritos; por consiguiente, los que faltando al respeto y decoro que merece la sociedad, han abusado de la fuerza del número para insultar á un hombre solo y á un escritor público, que á nadie ha ofendido, se han hecho reos del mas grave desacato, y á ser ciertas las circunstancias que acompañaron el suceso, han dado una prueba irrecusable de que tocante á la ilustracion, se encuentran en el siglo XII.

(1) Una reclamacion al gefe superior político de la provincia demandándole en nombre de las leyes, proteccion y seguridad individual.